

EL HOMBRE QUE NUNCA DEJÓ DE PEDALEAR

Y allí estaba yo frente a ese edificio, el Palacio de Forcalló, sede del Consell Valencià de Cultura, un edificio no muy alto pero que destacaba de entre todos los que le rodeaban, nerviosa y contenta a la vez, una sensación supongo que normal ante una circunstancia en la que se juntan la alegría de venir a recoger un premio, y el nerviosismo de saber las manos que te lo van a entregar.

Así que, aquí estaba acompañada de mi profesora Estefanía y de mis padres, orgullosos de que a su hija y alumna tuviera tal reconocimiento, y mientras ellos hablaban y se saludaban, mis ojos no podían apartarse de aquel edificio, pues allí dentro estaba él, “Don Santiago Grisolia”. Ese científico valenciano que tantas veces hemos oído en boca de nuestros profesores, ese profesor e investigador del que tanto hemos aprendido en clase, ese médico destacado del que se ha hablado en muchos periódicos y revistas estaba allí esperándome, siiiii,.... me esperaba a mí.

Fue entonces cuando al ver esas calles estrechas que nos rodeaban en el histórico barrio del Carmen imaginé a Santiago Grisolia jugando de niño en unas calles similares de algún barrio de Valencia, pues él había nacido aquí. Ese niño, del que tanto conozco gracias a bibliografías que he leído, y al que describen como un poco desobediente y al que solo le gustaba comer tortilla, aparece en mi mente subido a una bicicleta, cuesta arriba y cuesta abajo, riendo y disfrutando, pensando e imaginando que sería de mayor y sin dejar de pedalear nunca para poder conseguir su meta, porque según él, si paras te caes.

-Lucía, podéis pasar- nos dijeron- y al oír esa voz volví a la realidad.

Entramos a una sala muy luminosa, muy amplia, con una cristalera al final desde donde se veía un bonito y cuidado jardín, me llamó la atención el silencio que allí se respiraba. Nos dieron la bienvenida y nos dijeron que en breve nos recibiría Don Santiago Grisolia y comenzamos a subir por unas escaleras. Miré hacia abajo para no perder detalle de todo lo que me rodeaba y lo vi de nuevo.

Allí estaba subido de nuevo a su bicicleta, pero no, no era el mismo de antes, ahora era un poco más mayor y muy muy alto. Estaba un poco triste pues tenía que irse de Valencia a Cuenca ya que se había declarado la Guerra Civil y había peligro que lo reclutaran para la guerra por su altura, así que sus padres decidieron irse. Pese a su juventud, cuentan que en esa época tendría sobre 13 años, tenía claro que le fascinaba la química y la medicina, y comenzó a trabajar en el hospital de la ciudad, pues su padre tenía grandes amigos allí. Sin tener ninguna experiencia y por la situación que se vivía en el país, tuvo que asumir muchas responsabilidades y trabajar duro, gracias a su constancia y esfuerzo y por supuesto, el no dejar nunca de pedalear, se ganó el respeto y la admiración de todos los que allí trabajaban.

-Me gustan las batas blancas dan una apariencia seria y elegante, pero me gustan más los uniformes- decía.

Así que decidió ser marino, pero sus padres se lo quitaron de la cabeza y le convencieron para que estudiara medicina, y así posteriormente podría ser médico de la marina. Y así fue como su pedaleo constante lo llevó a Madrid.

Al acceder al primer piso nos encontramos en una estancia similar a una sala de espera y a mano izquierda una gran puerta que estaba cerrada. De dentro salió una mujer y nos dijo que enseguida entraríamos. Mis nervios iban en aumentando y pensé que ese niño y adolescente que se me había aparecido antes, ahora estaba allí presidiendo el Consell Valencià de Cultura.

Se abrieron las puertas y entramos en un despacho lleno de libros, con un escritorio de madera al que no le faltaba nada, desde periódicos y revistas a lápices y bolis, pasando por algún que otro folio en blanco, libros, pañuelos y un bol con caramelos. Y allí detrás en un sillón alto de piel estaba él sentado. Le comentaron en voz bajita quien era yo y me volvió a llamar la atención el cariño con el que lo trataban y el respeto que le tenían.

Se me quedó mirando y me hizo una señal con la mano para que me acercara y en esos momentos mis piernas comenzaron a temblar mientras me iba acercando a él poco a poco.

- ¿Cómo se llama? - me pregunto.
- Lucia- contesté
- Encantado de conocerla – me tendió su mano para estrechar la mía.

Fue entonces cuando al darme su mano me quedé de nuevo parada y lo vi de nuevo pedaleando camino Madrid para empezar a estudiar la carrera de medicina y volviendo a Valencia donde la acabará y comenzará sus primeras investigaciones.

- Mi más sincera enhorabuena- me dijo.
- Gracias- contesté.

Pero realmente mi mente no dejaba de darle vueltas a este hombre que tenía delante de mí, ese hombre apasionado por la química y por la investigación que no dudó ni un instante en coger el barco y zarpar rumbo a Nueva York con una beca, y quizás fue en esos momentos donde tuvo que pedalear con más fuerza y más energía, pues no siempre salen las cosas como uno desea, pues según él los principios no fueron buenos.

- ¿Está usted contenta? - me preguntó.
- Mucho- le respondí.

Quizás ese apretón de manos que me estaba dando en estos momentos fue igual que cuando conoció al que sería su mentor Severo Ochoa, y posteriormente su gran amigo, al que le unió el amor por la ciencia y la investigación. Con él comenzaría un nuevo camino en el laboratorio en lo referente a la síntesis proteica y de esos años también son sus primeras investigaciones del ciclo de la urea.

- Si os parece vamos a hacerles unas fotos- nos dijo su asistente. ¿Está usted de acuerdo Don Santiago?

Él afirmó con la cabeza y nos pusimos para la foto. Cogió el diploma y la medalla, y sin levantarse de su asiento me lo mostró y lo enseñamos para poder hacer unas bonitas fotos.

Quizás unas fotos como las que a él le hicieron cuando llegó de nuevo a España con un currículum impresionante de todas las universidades en las que había estado, Kansas, Nueva York, Wisconsin y Chicago.

- Damos por terminado el acto- comentó su asistente.
- Un placer haberla conocido- me dijo, y me volvió a tender su mano.
- Gracias- dije yo.

Y después de un momento de despedidas de todos los que estábamos allí presentes salimos del despacho con la ilusión de haber conocido por primera vez a un científico, con el orgullo de haber estado con un premio Princesa de Asturias de investigación científica y técnica, con el honor de haber estrechado la mano de un Doctor Honoris Causa de diferentes Universidades y feliz por haber podido vivir ese momento.

Al salir no dudé un instante girarme y volver a mirar dentro y allí estaba esa bicicleta que le ha acompañado durante toda su vida, una bicicleta cargada de muchos momentos, muchos recuerdos, muchas investigaciones y muchas anécdotas, pero si te fijabas un poco más en ella podías ver mucho más.

En las ruedas que son los elementos que nos permiten desplazarnos encontramos todos sus trabajos pues son los que le han ayudado a seguir adelante el ciclo de la urea, la fijación del dióxido de carbono en animales o el comportamiento de las proteínas entre otros. En el sillín que es donde uno se sienta y se apoya encontramos a todas esas personas que han estado a su lado acompañándole en su camino. En el manillar que es desde donde controlamos la dirección encontramos su meta a alcanzar y es acercar la ciencia a la sociedad, la ciencia a las aulas. En el cuadro que es la estructura que sujeta todos los componentes se mezclan su constancia, su humildad, su saber estar, sus inquietudes, su esfuerzo, su trabajo... todos esos rasgos de su personalidad que le han hecho llegar a lo más alto. Y por último en los pedales lo encontramos a él, pedaleando sin parar, incansable, y quizás sea esa la lección más importante que nos ha dejado:

“si dejas de pedalear te caes”.